

Capítulo 1: El Principito

¡Hola! Soy el Principito y vivo en un pequeño asteroide.

Cada mañana, comienzo mi aventura diaria con mis tres volcanes. Dos de ellos están activos y arrojan pequeñas llamas, mientras que el otro está apagado y parece un viejo señor dormido. Los limpio a todos con cuidado, como cuando se cepillan los dientes, porque sé que incluso los volcanes apagados pueden despertarse de repente.

Luego me convierto en un pequeño jardinero que lucha contra los temibles baobabs. ¡Estas plantas tienen raíces profundas y fuertes que debo arrancar para que no destruyan mi asteroide!

Paseo entre las pequeñas flores que brotan aquí y allá, dejando que el viento me revuelva el cabello. Cuando levanto la vista, me quedo fascinado por las mil tonalidades del cielo: es como si cada día un pintor se divirtiera pintando un nuevo lienzo.

Lo que más me gusta son los colores de los atardeceres: mágicas pinceladas de naranja y rosa en el cielo. ¡Puedo ver tantos atardeceres en un solo día, solo necesito moverme un poquito y voilà! Porque mi asteroide es realmente pequeño y gira como un trompo en el espacio.

Por la noche, miro las estrellas: parecen millones de luciérnagas brillando en la oscuridad. Siento que hay una conexión invisible, casi un hilo mágico, que une a todas las criaturas del universo.

Me pregunto si habrá alguien, en este momento, que las esté observando como yo...

Cierro los ojos y sueño con estrellas que ríen y perfumes lejanos que llegan hasta aquí.

Capítulo 2: La Semilla Misteriosa

Mientras limpio mis volcanes, noto algo extraño. Hay una pequeña semilla en la tierra: un diminuto visitante misterioso.

¿Mi primera preocupación? Que sea un baobab disfrazado de inocente florecilla. Así que comienza la Operación: ¡Ojos Fijos en la Semilla!

En realidad, espero con todo mi corazón que de la semilla brote alguien con quien hablar, que me cuente de lugares fantásticos e increíbles.

La semilla comienza a germinar y crece un poco cada día. Pronto empiezo a ver un tierno capullo. Duermo junto a él. Por la mañana, apenas me despierto, lo mido y le hablo. Le cuento sobre mi mundo hecho de estrellas lejanas, atardeceres coloridos y tiernas maravillas. También le confío mis miedos sobre los baobabs gigantes y los volcanes. Le comparto mis deseos, como el de cabalgar una cometa y descubrir si existen otros asteroides o planetas. Él es mi amigo silencioso.

Capítulo 3: La Rosa

Es el amanecer. Me despierto y, mientras me estiro, el capullo que he vigilado con tanto cuidado se abre lentamente. ¡Es una rosa! Sus pétalos, tan delicados y perfectos, bailan en el aire, inundando mi asteroide con un perfume dulce y envolvente, como un cálido abrazo. Me quedo encantado, admirando la rosa, con los ojos bien abiertos y el corazón latiendo fuerte. ¡Es pura felicidad! Ya no estoy solo: ahora tengo un tesoro que ha llegado desde las estrellas. Su presencia transforma mi mundo en una fiesta de colores y perfumes. La rosa será mi amiga, la luz que iluminará mis días.

Capítulo 4: La Rosa, la Campana de Cristal y la Soledad

La rosa comienza a hablar, pero descubro que, detrás de esa belleza, se esconde un pequeño carácter caprichoso.

"¡Riega me!" ordena la flor con tono altivo.

"¡Protégeme del viento! ¡Cúbreme con una campana de cristal! ¡Soy única en el universo!"

Al principio, estoy encantado de poder hacer algo por ella. Corro de un lado a otro, cuidando de ella, como un atento jardinero. Pero después, me doy cuenta de que nunca está satisfecha; cada día inventa nuevas peticiones y me hace sentir pequeño e inútil.

"¡Eres lento!" me dice cuando tardo un poco en regarla o no la cubro lo suficientemente rápido.

Empiezo a sentirme más solo de lo que jamás me he sentido. Mi rosa parece preocuparse solo por sí misma.

Miro los atardeceres, esperando que el cielo me regale un poco de paz.

Por la noche, las estrellas brillan como lágrimas lejanas.

Capítulo 5: La Partida del Principito

Entiendo que no puedo quedarme más aquí, con ella. Decido partir en busca de un nuevo comienzo, pero ¿cómo?

¡Construiré una nave espacial! Usaré los objetos que han llegado a mi asteroide. Me imagino viajando entre las estrellas como un valiente astronauta, pero luego me doy cuenta de que no tengo ni los materiales ni los conocimientos para hacerlo.

Entonces... ¡pienso en construir una catapulta gigante! ¡Oh, sería divertido, ser lanzado al espacio, rápido como un cohete! Oh oh... podría terminar en el vacío sideral, flotando para siempre en la nada. No, no es una buena idea.

Miro al cielo: veo una bandada de aves migratorias que pasa justo por encima de mi cabeza.

“¡Hola, hola!” grito con todas mis fuerzas. “¿Podrían llevarme con ustedes?”

Uno de ellos planea suavemente hacia el suelo, se acerca a mí y me da a entender que puedo subir a su lomo plumoso.

Mientras dejo mi asteroide, echo una última mirada a la rosa. Ella asiente tristemente con la cabeza.

Un pétalo cae, pero ya estoy lejos de ella.

Capítulo 6: El Rey

Llego a un pequeño planeta. Hay un Rey sentado en un trono con un aire de gran autoridad.

“¡Ah, un súbdito!” exclama el Rey en cuanto me ve, con los ojos brillantes de felicidad. “¡Acércate!” Me acerco con una mezcla de curiosidad y temor. Nunca antes había conocido a un Rey. “Buenos días,” respondo con educación.

“Buenos días, soy el Rey de todo lo que ves. Mando sobre cada estrella, cada grano de arena, cada soplo de viento,” dice con orgullo, extendiendo los brazos. “¡Y todos obedecen mis leyes!”

“¿Y cuáles son tus leyes?” pregunto curioso.

“Son simples,” responde el Rey, agitando una mano como si dirigiera una orquesta invisible. “Mando lo que es razonable. Si ordeno a una estrella que brille, brillará, digamos... ¡esta noche!”

“Ordena al sol que se ponga.” sugiero tímidamente. “Me encantaría ver un atardecer.”

Quizás he pedido algo muy gracioso. El Rey, sonriendo, dice: “¡Cuando las condiciones sean favorables, mi orden se cumplirá! Es decir... ¡a las siete cuarenta de esta noche!”

Es tierno ver al Rey tratando de mantener el control sobre todo. ¡Cada orden se da con gran seriedad, pero ninguna estrella hace lo que se le ordena, ningún sol se pone por orden!

Y yo, bueno, me estoy aburriendo. “¿Me ordenarías que me fuera?” le pregunto entonces, tratando de ser respetuoso.

El Rey parece sorprendido. “¿Irte? ¡Pero no quiero perder a mi único súbdito!”

Le respondo con seguridad: “Majestad, me parece que las condiciones son favorables.”

El Rey me dirige una mirada que es una mezcla de tristeza y comprensión, como si estuviera diciendo adiós a un viejo amigo.

“Entonces te ordeno que te vayas, ¡serás mi embajador!” dice finalmente, con un gesto regio. Saludo al Rey y reanudo mi viaje.

Capítulo 7: El Vanidoso

Volando entre las estrellas, veo otro pequeño planeta: sobre él, hay un hombre vestido elegantemente, ¡parece listo para ir a una fiesta!

“¡Buenos días!” le digo, tratando de romper el silencio.

El vanidoso se gira hacia mí con una sonrisa deslumbrante. “¡Ah, un admirador! Dime que soy el más guapo, el más elegante y el más inteligente de todo el planeta.”

Miro alrededor, buscando a otras personas. “¡Pero tú eres el único habitante!” Estoy confundido y un poco divertido.

El vanidoso asiente, satisfecho. “¡Exactamente! ¡Y por eso soy el mejor en todo! ¡Admírame!”

Me parece extraño que su felicidad dependa únicamente de la admiración de alguien. Es como un globo pinchado que necesita ser inflado continuamente.

Respondo: “Te admiro, pero tú... ¿qué haces con eso?”

El vanidoso se detiene y me mira sorprendido. Con los ojos muy abiertos, exclama: “¡Pero... no hay nada más importante!”

Siento una oleada de tristeza por él. Decido que es momento de continuar mi viaje.

“Me voy... mientras te admiro,” digo amablemente, haciendo una pequeña reverencia. Él permanece en

silencio y yo sigo mi camino.

Capítulo 8: El Borracho

Continuando mi viaje entre las estrellas, llego a otro pequeño planeta. Aquí hay un hombre sentado, rodeado de botellas de vino vacías.

“Buenos días,” digo tímidamente.

El borracho levanta la vista hacia mí; sus ojos están cansados y tristes, parecen los de un viejo oso recién despertado. “Buenos días,” responde con una voz ronca y lenta.

Observo las botellas esparcidas a su alrededor y pregunto: “¿Qué estás haciendo?”

El hombre suspira profundamente, como si llevara un pesado saco de patatas sobre sus hombros.

“Estoy bebiendo,” responde simplemente.

“¿Por qué bebes?” pregunto, inclinando la cabeza como un pajarito curioso.

Él baja tristemente la vista y murmura: “...Bebo para olvidar.”

“¿Olvidar qué?” insisto.

El hombre mira las botellas vacías a su alrededor, luego me mira a los ojos y dice: “Para olvidar que me da vergüenza.”

Su respuesta me deja perplejo. No entiendo, así que le pregunto: “¿Vergüenza de qué?”

“De beber...” murmura, bajando de nuevo la mirada.

Me quedo en silencio. No sé qué decir: siento un nudo en la garganta mientras lo observo. Pienso que está atrapado en un ciclo sin fin, como un hámster en una rueda que nunca deja de girar.

Siento que mi presencia no puede hacer mucho para cambiar su situación. Así que le digo adiós:

“¡Me voy!” digo al fin.

El borracho asiente, sin levantar la vista, y toma otro sorbo de vino mientras me alejo de él para siempre.

Capítulo 9: El Hombre de Negocios

Llego a otro pequeño planeta: veo una enorme mesa cubierta de hojas llenas de números. Sentado en un taburete, un hombre de negocios está contando rápidamente, como si intentara batir un récord mundial. Lo saludo: “¡Buenos días!”

El hombre de negocios ni siquiera levanta la vista y responde, molesto: “Buenos días.” Luego continúa escribiendo y murmurando números.

“¿Qué estás haciendo?” le pregunto.

“Estoy contando, no me distraigas o perderé la cuenta,” declara él.

Estoy curioso, así que digo: “¿Qué estás contando?”

“Las estrellas,” responde sin dudar, y luego añade: “¿Sabes de quién son?”

“De todos,” respondo rápidamente.

Él frunce el ceño: “¡No! ¡Estás equivocado! Las estrellas pertenecen al primero que las descubre, al primero que las cuenta. ¡Así que yo poseo todas las estrellas que puedo contar! ¡Son todas mías!”

“Señor, yo poseo una rosa: para mí es agradable poseerla, pero para la rosa es útil. Cada mañana la riego y la coloco bajo una campana de cristal para protegerla. Pero tú, ¿qué haces con las estrellas?”

El hombre parece no verme más. Está rodeado de estrellas maravillosas, pero para él solo son números para contar. No puede ver la belleza que lo rodea; nunca ha visto una puesta de sol.

Me alejo del planeta con una sensación de melancolía. Continuaré mi viaje, esperando encontrar a alguien que vea el mundo con ojos llenos de asombro.

Capítulo 10: El Farolero

Después de dejar al hombre de negocios, mi viaje me lleva a otro planeta muy pequeño. Solo tiene un farol junto al cual un hombre sigue encendiéndolo y apagándolo. “¡Buenos días!” le digo.

“Buenos días,” responde el farolero, encendiendo el farol con un gesto rápido y preciso.

Parece una extraña danza. “¿Por qué lo enciendes y lo apagas?” le pregunto.

“Es mi trabajo: cada minuto enciendo el farol, y un minuto después lo apago. Esa es la orden que me han dado. ¡Buenas noches!”

“¿Pero por qué tan a menudo?” pregunto incrédulo.

El hombre suspira: “Antes, mi trabajo era simple. Encendía el farol por la noche y lo apagaba por la mañana. Pero en algún momento, el planeta comenzó a girar cada vez más rápido y ahora, un día dura solo un minuto. ¡Mira! Ya es de mañana... ¡buenos días!” Y enciende el farol otra vez.

“¿No tienes tiempo para descansar?” pregunto, pensando en lo agotador que debe ser un trabajo así.

Él niega con la cabeza y apaga el farol: “No tengo tiempo para nada. Lo enciendo y lo apago, lo enciendo y lo apago, sin parar nunca. Pero, sabes, mi trabajo es... poético. Cuando enciendo el farol, es como si naciera una estrella en el cielo. Buenas noches.”

Podría ser mi amigo, pero no hay lugar para los dos en este planeta. “Debo irme,” digo al fin, con un toque de tristeza.

“Buen viaje y... ¡buenos días!” dice el farolero mientras enciende nuevamente el farol, iluminando nuestra despedida con una cálida luz.

Capítulo 11: El Geógrafo

Después de dejar al farolero, mi viaje me lleva a un planeta un poco más grande. Aquí encuentro a un geógrafo: un señor que escribe dónde se encuentran montañas, ríos, lagos y mares. Está sentado sobre una pila de libros.

Lo saludo con curiosidad: “Buenos días.”

“Buenos días, explorador,” responde el geógrafo. “¿De dónde vienes?”

Emocionado, empiezo a describir mi asteroide, mis tres volcanes, uno de ellos apagado, y los hermosos atardeceres. Pero sobre todo, hablo de mi rosa. Mi voz se quiebra al describir su belleza y la alegría de verla florecer. “¡Es realmente magnífica!” digo con una sonrisa melancólica.

El geógrafo asiente, anotando en su libro solo los tres volcanes.

Pregunto curioso: “¿Por qué no escribes también sobre mi rosa?”

Sin levantar la vista del libro, exclama: “¡Las rosas son efímeras!”

“¿Qué significa efímero?” pregunto intrigado.

“Significa destinado a desaparecer,” explica con una sonrisa.

Siento un nudo en la garganta: “Destinada a desaparecer... y yo la he dejado sola.”

“Si quieres visitar un planeta interesante, está la Tierra. ¡Buen viaje!” dice el geógrafo despidiéndose afectuosamente con una sonrisa.

Mientras me voy, el cielo parece volverse gris y triste: pienso en mi rosa.

Capítulo 12: La Llegada a la Tierra

Llego a la Tierra, en medio de un desierto que parece un mar dorado. Camino bajo el sol, esperando encontrar a alguien o algo interesante. Pero nada: solo arena, arena y más arena.

Me siento en una duna y miro el cielo teñirse con los colores del atardecer. Pienso con nostalgia en mi pequeño asteroide y en mi flor.

¡Qué tonto fui al dejar todo lo que amaba por este desierto!

Cierro los ojos e intento recordar el perfume de mi rosa. Tal vez, en este momento, ella también esté mirando el cielo. Tal vez también esté pensando en mí.

Llega la noche. Me acuesto en la arena y contemplo las estrellas. Una de ellas parpadea: seguramente es la luz del farol de mi amigo el farolero.

Capítulo 13: La Serpiente en el Desierto

Me despierto al amanecer y noto una serpiente junto a mí, mirándome, inmóvil. Su cuerpo brillante reluce bajo el sol.

“Buenos días, ¿quién eres?” me pregunta con una voz baja y melodiosa, como una canción susurrada por el viento del desierto.

“Buenos días, serpiente,” respondo, todavía un poco dormido.

Le cuento que estoy viajando entre las estrellas, le describo mi pequeño asteroide con sus tres volcanes y le hablo de la rosa. Le narro mis aventuras y las personas curiosas que he conocido en los planetas.

La serpiente escucha atentamente, su cuerpo se balancea ligeramente, danzando al ritmo de mis palabras. Cuando termino de hablar, me mira con una expresión comprensiva y dice: “Estás lejos de casa, Principito, pero puedo ayudarte. Tengo el poder de llevarte de regreso a tu asteroide, pero debes estar seguro de que quieres volver.”

Permanezco en silencio por un momento, reflexionando sobre sus palabras.

“Gracias,” respondo, “pero por ahora, seguiré mi camino.”

La serpiente asiente y, con una última mirada de comprensión, se aleja serpenteando elegantemente entre las dunas.

El desierto, con su vastedad y su silencio, ahora se siente menos solitario.

Capítulo 14: La Flor

Mientras camino por el desierto, algo capta mi atención: una pequeña mancha en la arena. Al acercarme, descubro que es una pequeña flor que ha brotado allí, ¡en medio de la nada del desierto!

“¡Buenos días

!” le digo, agachándome junto a ella.

“Buenos días,” responde la flor con una voz suave y delicada. Parece tan frágil e indefensa, ligera como una pluma. Y, sin embargo, está allí, desafiando al desierto.

“¿Cómo haces para vivir aquí?” pregunto asombrado.

“¡Es difícil vivir en el desierto!” responde “Mi fuerza está en mis raíces profundas. Y, aunque nadie me vea, florezco de todos modos.”

Me pregunto si mi rosa, como esta flor, tiene raíces profundas que la mantengan anclada en mi pequeño asteroide o si el viento ya se la ha llevado.

“¿No te sientes sola?” le pregunto.

“Nunca estoy realmente sola. El viento me acaricia y las estrellas también brillan para mí.”

Me quedo sentado junto a ella por un rato, escuchando el silencio del desierto. Siento un vínculo profundo con esta pequeña criatura, un vínculo que no necesita palabras.

Luego le pregunto: “¿Conoces a los hombres de la Tierra?”

Después de un momento de reflexión, la flor responde: “He visto pasar seis o siete con una caravana, pero nunca se sabe dónde encontrarlos. Ellos no tienen raíces.”

Le susurro: “Gracias y... adiós.” Siento su fragancia que me acompaña, como un abrazo invisible.

Capítulo 15: El Jardín de las Rosas

De repente, me encuentro frente a un jardín lleno de flores. ¡Donde quiera que mire, veo tantas rosas, todas iguales a la mía!

Mi rosa me había dicho que era la única en el universo. Le había dado todo mi cariño, creyendo en sus palabras y en su unicidad. Ahora, frente a este jardín de rosas, me doy cuenta de que me había mentido.

Estoy confundido y enojado, pienso en todo el tiempo que dediqué a una rosa que no era tan especial después de todo.

Me siento solo, como un diminuto grano de arena en medio del desierto, envuelto en la decepción. Las lágrimas caen por mis mejillas, como pequeñas estrellas fugaces.

Capítulo 16: El Zorro

Sigo caminando y, de repente, me encuentro con un zorro. Parece salido de un cuento de hadas.

Lo saludo: “Buenos días, zorro. ¿Quieres jugar conmigo? Estoy tan solo.”

Ella sacude la cabeza. “No puedo jugar contigo. No estoy domesticado.”

“¿Qué significa ‘domesticar’?” pregunto intrigado.

“Es algo demasiado olvidado,” explica el zorro. “Significa ‘crear lazos.’ Hasta ahora, para mí, eres solo un niño como muchos otros. Y yo, para ti, no soy más que un zorro entre tantos otros. Pero si me domesticas, serás para mí único en el mundo, y yo seré para ti único en el mundo. Aprenderé a reconocer el sonido de tus pasos. Los demás pasos me harán esconder, pero los tuyos, me harán salir de mi madriguera, guiándome como una dulce melodía. Y luego, están los campos de trigo. Yo no como pan, el trigo es inútil para mí. Pero tienes el cabello del color del oro. Cuando me hayas domesticado, el trigo me hará pensar en ti. Y amaré el sonido del viento en el trigo.”

Pensando en las palabras del zorro, le confieso: “Creo que una rosa me ha domesticado.”

El zorro me mira: “Es posible. Por favor, doméstícame.”

“Me encantaría,” le digo. “Pero no tengo mucho tiempo. Debo descubrir amigos y aprender muchas cosas.”

El zorro suspira: “Solo se comprende bien lo que se domestica. Los hombres ya no tienen tiempo, compran cosas hechas. Pero nadie vende amigos. Si quieres un amigo, doméstícame.”

“¿Qué debo hacer?” pregunto.

“Al principio, te sentarás lejos de mí, te miraré y no dirás nada. Las palabras son fuente de malentendidos. Cada día podrás sentarte un poco más cerca. Si vienes siempre a las cuatro, desde las tres comenzaré a ser feliz. Los ritos son necesarios.”

Así que, cada día, me siento un poco más cerca de ella.

Capítulo 17: La Despedida del Zorro

El zorro y yo nos convertimos en amigos inseparables, pero llega el momento de que me vaya.

“No quería hacerte daño,” murmuro, tratando de no estar triste. “Pero tú querías que te domesticara. ¿Llorarás?”

El zorro me mira: “Sí, pero gano el color del trigo. Ve a ver las rosas. Comprenderás que la tuya es única en el mundo. Luego regresa y te daré un secreto.”

Corro a buscar el jardín y las rosas, luego las miro atentamente y les digo: “Ustedes no son como mi rosa. Nadie las ha domesticado. Son hermosas, pero no las extrañaré. Mi rosa es única porque le he dedicado mi tiempo y porque la quiero.”

Luego vuelvo con el zorro y me despido.

“Adiós...” responde ella. “Aquí está mi secreto: solo se ve bien con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos.”

“Lo esencial es invisible a los ojos,” repito, para recordarlo.

“Es el tiempo que has dedicado a tu rosa lo que la hace tan importante.”

“Es el tiempo que he dedicado a mi rosa lo que la hace tan importante,” susurro.

“Eres responsable para siempre de lo que has domesticado. Eres responsable de tu rosa.”

Antes de dejarla, nos abrazamos fuertemente, sabiendo que no nos volveremos a ver.

Capítulo 18: El Avión

Camino por el desierto, sobre la arena dorada, envuelto en silencio. De repente, escucho un ruido proveniente del cielo. Levanto la vista y veo algo extraordinario: ¡una extraña máquina voladora! Parece una gigantesca libélula de metal, con un hombre sentado en su interior. Nunca había visto hombres voladores antes, ni había encontrado a otro ser humano en este planeta.

¡Oh no! De repente, veo salir de la máquina voladora un humo negro y denso. Mi corazón comienza a latir fuerte. ¿Qué sucederá ahora?

El curioso objeto se tambalea en el cielo, como una hoja en otoño, y se estrella en el suelo.

Capítulo 19: El Aviador

El aparato aterriza en el desierto con un golpe seco, levantando una nube de polvo. Parece que ha explotado una bomba de arena. Me acerco corriendo, con el corazón latiendo de emoción, y veo a un hombre salir tambaleándose del avión, con las gafas de aviador torcidas y una expresión desorientada, parece un pájaro caído del nido.

El aviador, aún un poco aturdido, toma su caja de herramientas; tal vez quiere intentar reparar su avión. Pero primero, se sienta en ella para recuperarse. Lo observo desde lejos, acercándome poco a poco.

Noto su expresión: su frente está arrugada, sus ojos están asustados pero irradian una luz que sugiere una profunda bondad. Hay en él una humanidad que me atrae y me tranquiliza como una dulce melodía conocida.

Decido acercarme aún más y pedirle algo importante.

Camino hasta estar muy cerca del hombre, tan cerca que puedo ver la arena en su traje de aviador.

Respiro hondo y digo: “Por favor, dibújame un cordero.”

El hombre se sobresalta, luego me mira con una expresión incrédula. Creo que nunca había visto a un niño solo en medio del desierto.

“¿Qué?” pregunta, como si no hubiera entendido bien mi petición.

“Un cordero,” repito suavemente. “Dibújame un cordero.”

Capítulo 20: Dibújame un Cordero

El aviador parece confundido, luego saca un trozo de papel y un lápiz. Me mira con curiosidad; creo que quiere entender por qué quiero que me dibuje un cordero.

Empiezo a explicar: “Sabes, necesito un cordero que pueda comer los baobabs en mi asteroide, antes de que crezcan demasiado y destruyan todo mi mundo.”

Parece aún más confundido, pero comienza a dibujar. El primer dibujo es un elefante dentro de una boa. Sonríó y digo: “No, no, ¡no quiero un elefante dentro de una boa! Quiero un cordero.”

Hace otro dibujo: pero es un carnero. “¡Esto no es un cordero, tiene cuernos!” digo, sacudiendo la cabeza.

Finalmente, el aviador, impaciente, dibuja una caja con agujeros. “Aquí, el cordero está dentro de esta caja.”

Miro el dibujo, emocionado, y le agradezco: “Es justo lo que quería. Y la caja le servirá de casa. ¡Gracias! Oh... ¡el cordero se ha dormido!”

Ahora parece aliviado y un poco divertido, como si acabara de pasar un examen difícil. A pesar de su preocupación por hacer volar el avión nuevamente, hay bondad en sus gestos y en su mirada.

Y así, en medio del desierto, con un cordero en una caja, siento que he encontrado un amigo con quien compartir mis aventuras y mis deseos.

Capítulo 21: Las Guerras entre los Corderos y las Flores

Le pregunto al aviador: “¿Los corderos comen flores? ¿Incluso las rosas con espinas?”

Él, ocupado con un tornillo que no quiere aflojarse, responde sin mirarme: “Los corderos comen todo lo que encuentran.”

“Pero entonces, ¿para qué sirven las espinas?” pregunto intrigado.

El aviador, lidiando con el tornillo que parece pegado al avión, responde bruscamente: “Las espinas no sirven para nada, es pura maldad por parte de las flores.”

“No te creo. Las flores son débiles. Se tranquilizan como pueden. Se creen terribles con sus espinas... Tú crees que las flores...” Pero él me interrumpe, impaciente: “¡No creo nada! Dije cualquier cosa. Me ocupo de cosas serias, yo.”

“¡Hablas como los mayores!” Siento la decepción crecer dentro de mí y le grito: “¡Confundes todo... lo mezclas todo!” Mi enojo es como un volcán a punto de explotar.

“Conozco un planeta donde vive un señor que nunca ha visto un atardecer, que nunca ha amado a nadie. Solo cuenta estrellas y cree que es un hombre serio. Pero no es un hombre, ¡es un hongo! Durante miles de años, las flores han fabricado espinas y durante miles de años, los corderos han comido flores. ¿Y no crees que eso es importante? ¿No es importante la guerra entre los corderos y las flores? Conozco una flor única en el mundo y el cordero podría destruirla en un instante.”

El aviador olvida el tornillo y sus preocupaciones. Se acerca y me toma en sus brazos, como si fuera un frágil tesoro, y suavemente murmura: “La flor que amas no está en peligro... dibujaré un bozal para tu cordero.”

Sus palabras están llenas de bondad.

En sus brazos, dejo que las lágrimas caigan... Brillan bajo el sol, como si intentaran encender estrellas lejanas para ella, para mi rosa.

Capítulo 22: El Camino Bajo las Estrellas

En los días siguientes, le cuento al aviador sobre mi pequeño asteroide, mi rosa vanidosa y todas las personas extrañas que he encontrado en los planetas y en la Tierra.

Han pasado ocho días desde que su avión se estrelló y se ha acabado el agua para beber. Así que decidimos buscar un pozo. La arena dorada se extiende hasta el infinito como una enorme manta brillante bajo el cielo azul. El sol es una gigantesca y cálida bola de fuego. Caminamos uno al lado del otro, con pasos cansados, entre las dunas silenciosas.

Finalmente llega la noche. Le digo al aviador: “Todas las estrellas son hermosas si sabes que en una de ellas hay una flor. Incluso el desierto es hermoso si sabes que esconde un pozo.”

Estoy tan cansado que no puedo caminar más. Siento mi cuerpo volverse pesado, como una piedra. El aviador lo nota y me toma suavemente en sus brazos.

Camina lentamente, sin detenerse nunca, mientras escucho el latido de su corazón.

El desierto, bajo el cielo estrellado, ya no parece tan aterrador. De vez en cuando, el aviador me aprieta para darme fuerza, y me siento seguro en sus brazos. Me duermo, soñando con agua de estrellas y pétalos que me acarician.

Capítulo 23: El Pozo

Me despierto al amanecer con el aviador sentado a mi lado. Con los ojos aún soñolientos, vislumbro algo en el horizonte. “¡Mira! ¡Podría ser nuestro pozo!” exclamo con entusiasmo. Nos levantamos de un salto. Ahora cada paso parece más ligero, cada respiración más fácil.

En el pozo, todo está listo: la polea, el cubo y la cuerda. El aviador baja el cubo y la polea emite un ligero sonido.

Sonrío, y él me deja beber primero. Esta agua nació del caminar entre las dunas, del canto de la polea, de un amigo que me lleva en sus brazos. Hace bien al corazón.

Él también bebe y sonrío. Dice: “El agua tiene un sabor dulce, como la miel.”

Le susurro: “En la Tierra, los hombres cultivan cinco mil rosas en el mismo jardín y no encuentran lo que buscan. Y, sin embargo, podrían encontrarlo en una sola rosa o en un poco de agua. Pero los ojos son ciegos; hay que buscar con el corazón.”

La arena es color miel. Le pido al aviador: “Dibújame el bozal para el cordero.” Él saca un lápiz y una hoja de su bolsillo; mientras dibuja, lo veo fruncir el ceño, preocupado. Me pregunta: “Pequeño hombre, ¿dónde quieres llevar al cordero?”

No respondo, tomo el papel con el bozal y lo guardo en mi bolsillo.

Le digo: “Ahora ve y repara tu avión, te esperaré aquí.”

Y así, mientras el aviador vuelve a su avión, me quedo cerca del pozo.

Escucho el silencio del desierto, envuelto en una dulzura que viene de lejos.

Capítulo 24: El Último Atardecer en la Tierra

Me siento en la arena aún caliente, viendo por última vez el atardecer en la Tierra. Los colores del cielo cambian rápidamente, como si el sol estuviera pintando un cuadro fabuloso para la gran despedida.

Pienso en mi rosa y, de repente, recuerdo las pequeñas sonrisas que compartíamos mirando los atardeceres y suspiros que se mezclaban con los míos. Recuerdo las caras graciosas que ponía cuando decía que el agua estaba demasiado fría y luego, en secreto, me miraba con dulzura y gratitud. Recuerdo que, cuando me fui, un pétalo se desprendió de la rosa y, girando, me acompañó un poco en el cielo. Lo seguí con la mirada, pero estaba demasiado concentrado en volar lejos. Es extraño, cuando estaba con la rosa, no me daba cuenta de nada. Solo ahora, que he entendido muchas cosas sobre ella y sobre mí, lo recuerdo.

Quiero regresar con ella, pero no puedo llevarme mi cuerpo porque es demasiado pesado. Pero lo que importa es invisible.

Pronto estaré en casa, pero esta vez será diferente, porque ahora yo soy diferente. Sonreiré a sus escalofríos por el agua fría, y nos abrazaremos con delicadeza para no lastimarnos. Veré los atardeceres con ella, no porque esté triste, sino para compartir su belleza. Y nuestra respiración estará en armonía con el universo.

Estoy solo en el desierto, esperando el regreso del aviador. Sé que ha reparado su avión y pronto se irá a casa. Yo también me iré. Parecerá que estoy muerto, pero no lo estaré. Lo importante está dentro de nosotros y es invisible.

Pienso en todos los encuentros que he tenido y en los recuerdos que llevaré conmigo. Pienso en el zorro, que me hizo entender que es el tiempo que dedicamos a algo lo que hace única y especial a una rosa.

Pienso en el aviador que se acerca. Pronto, ya no seré visible para sus ojos, pero permaneceré en sus recuerdos, y él permanecerá en los míos.

Capítulo 25: La Despedida del Aviador

El aviador llega y se sienta junto a mí, sin hablar.

Con una voz tranquila, le susurro: “Estoy contento de que hayas reparado tu avión. Yo también hoy regreso a casa... mi destino es mucho más lejano y mucho más difícil...”

Él me abraza. El desierto nos envuelve como un gran abrazo dorado.

Con una voz que se confunde con el viento del desierto, le digo al aviador: “Lo que es importante es invisible. Es como la flor: si quieres a una flor que está en una estrella, es dulce mirar el cielo por la noche, porque todas las estrellas parecen florecer. Es como el agua. La que me diste de beber era música; estaba la polea, estaba la cuerda, ¿recuerdas? Estaba buena. Cuando ya no esté contigo, mirarás las estrellas por la noche. Mi asteroide es demasiado pequeño para mostrarte dónde está. Es mejor así. Todas las estrellas serán tus amigas.”

“Quiero seguir escuchando tu risa...” me pide en voz baja.

Continúo: “Los hombres tienen estrellas que no son las mismas. Para algunos, los que viajan, las estrellas son guías. Para otros, son solo pequeñas luces. Para el hombre de negocios, eran para poseer. Pero todas esas estrellas están en silencio. Cuando mires el cielo por la noche, debes saber que viviré cerca de una de ellas, y como estaré riendo, será para ti como si todas las estrellas rieran. ¡Solo tú tendrás estrellas que saben reír! Y cuando te hayas consolado, te alegrarás de

haberme conocido. Serás para siempre mi amigo. A veces, abrirás la ventana y reirás. Tus amigos se sorprenderán de verte reír mirando el cielo y pensarán que estás loco. Pero tú conocerás la verdad.”

“No te dejaré,” protesta el aviador con firmeza.

“Parecerá que estoy enfermo... parecerá que muero. No vengas a ver...”

“No te dejaré,” repite el aviador.

Capítulo 26: La Serpiente y el Principito

Llega la noche y el aviador se duerme. Al amanecer, le doy un beso en la frente y me dirijo hacia la serpiente. No quiero que el aviador me vea. Parecerá que estoy muerto, pero no será verdad. No puedo llevarme mi cuerpo; es demasiado pesado, pero será como una cáscara de naranja abandonada.

Aquí está la serpiente, la veo. Empiezo a temblar porque tengo un poco de miedo...

Susurro con una voz suave: "Estoy listo."

La serpiente se acerca y, con un destello amarillo, se enrolla a mi alrededor. La mordedura es rápida y casi imperceptible, como un pequeño beso que no duele. Permanezco inmóvil por un instante y luego caigo suavemente sobre la arena, sin hacer ruido.

Mi viaje a casa ha comenzado. Aunque mi cuerpo quede en la Tierra, ya estoy volando hacia mi rosa.

Capítulo 27: En Casa

A través de mis párpados cerrados, vislumbro una luz tenue. Los abro y descubro que estoy en mi asteroide. Frente a mí, está la rosa bañada en rocío o tal vez... ¿serán lágrimas de alegría? Es más frágil y resplandeciente de lo que recordaba. Sus delicados pétalos tiemblan.

“Has vuelto,” murmura con una voz suave, casi incrédula.

Sonrío. “He vuelto.”

La rosa baja la mirada, avergonzada. “¿Te hice sufrir? ¿Es por eso que te fuiste? Pero siempre estuviste en mis pensamientos.”

“Y tú siempre estuviste en mi corazón.”

Nos rozamos y en ese instante mi pequeño asteroide parece brillar con una nueva luz.

Juntos, mi rosa y yo miramos el horizonte, mientras el amanecer trae consigo la promesa de un nuevo comienzo.

Siento su dulce perfume mientras observamos juntos el sol elevarse, inundando el cielo con colores cálidos y luminosos. Entre ellos, reconozco el rojo del zorro y el azul del traje del aviador.

Sonrío, saludando con la mano, como se hace con un amigo que se va: “Adiós, Antoine.”

Y mientras el sol se eleva en el cielo, siento que nada puede separarme de mi rosa, ni de mis amigos, aunque estén lejos. Lo que es invisible nos une. Es eterno e infinito.

Ahora ya no hay nada efímero.

Capítulo 28

El paisaje más hermoso es un silencio donde todo puede sonreír.

El paisaje más hermoso es saber que hay alguien en el cielo que te ama.

**El texto se puede utilizar exclusivamente para la lectura del libro publicado por Vivo di Fiabe
Cualquier otra reproducción está prohibida.**

